

HUÉRFANOS DE MALL

Sara Bertrand y Rafael Gumucio

ILUSTRACIONES DE **Santiago Guevara**

DÍA UNO

En la mesa, el mantel, servilletas de colores, pan, mantequilla cortada en cubos y palta molida. Cuando tuvieron todo dispuesto, las llamaron. Aparecieron tomadas de la mano, avanzando a paso lento, algo teatral a los ojos de Verónica y Reinaldo, sus padres.

—¡Mamá, papá! —dijeron a coro—. Necesitamos contarles algo, pero antes deben prometernos que no se lo dirán a nadie.

Hicieron una pausa que sonó impostada, aunque eso sus padres lo pensaron después. En ese momento, Verónica, en un movimiento habitual, apartó las sillas para que ellas se sentaran. Octavia,

de diez, y Carolina, de ocho, obedientemente ocuparon su lugar en la mesa, como todas las mañanas. Sin embargo, no era cualquier mañana.

—Sabemos que es peligroso contarles la verdad —dijeron las niñas—, pero necesitamos hacerlo. ¡Prometan solemnemente no decir nada!

Los padres prometieron silencio absoluto, haciendo un esfuerzo por no echarse a reír.

—Son adoptados —lanzó Octavia.

—¡Pero los queremos como si fueran nuestros verdaderos papás! —se apuró en aclarar Carolina, tomándole las manos a su mamá.

Verónica y Reinaldo explotaron en carcajadas.

—Ay, niñas, ¡adoptados! ¿A cuál de las dos se le ocurrió la idea? —preguntó Reinaldo.

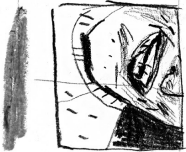
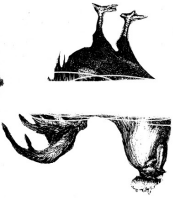
—Qué imaginación —comentó Verónica y comenzó a preparar tostadas con palta.

Pero sus hijas estaban serias, demasiado para una mañana de sábado. Una risita nerviosa se le escapó a Verónica y el pan se le hizo una bola de cemento en la boca.

Reinaldo, que seguía riendo, quiso saber:

—A ver, ¿y se puede saber quiénes son sus verdaderos padres?

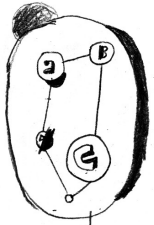
—¡Te dije que era mejor no contarles! —alegó Carolina mirando a su hermana.



MORN



a.m



—Tenías razón, no están preparados —dijo Octavia, y luego se dirigió a sus padres—. Créanme, es mejor que lo sepan ahora, tarde o temprano se iban a enterar y habría sido traumático.

—Nosotros los escogimos, papás —dijo Carolina, mirándolos con cariño—, y queremos quedarnos con ustedes, ¡son los mejores papás del mundo! Los queremos de verdad. Y ahora, ¡a comer!

A Verónica se le había quitado el hambre.

—¡Qué feo, Octavia! Arrastrar a Carolina en este jueguito —e hizo el amague de levantarse.

Reinaldo la atajó del brazo.

—Espera —y se dirigió a las niñas—. Nos gustaría saber, ¿cómo pueden no ser nuestras hijas si nosotros tenemos la certeza de ser sus padres?

—El cómo no interesa, nosotras los escogimos, somos sus hijas y ustedes son nuestros padres, como cualquier padre y madre del mundo —dijo Octavia.

—Quisimos contarles para que no sigan haciendo preguntas tontas —dijo Carolina, sacudiéndose las migas que tenía sobre su falda.

Reinaldo y Verónica no recordaban haber hecho una «pregunta tonta». Tampoco tenían una remota sospecha de que sus hijas pudieran no ser suyas.

—¿Saben qué? ¡Olvídense de todo! Haremos como si no hubiésemos dicho nada, sus preguntas no ayudarán y podrían ponerlos en peligro —insistió Octavia, que hablaba con una seriedad

que no le conocían y, por primera vez, Reinaldo y Verónica sintieron que esa hija suya era una perfecta desconocida.

—Será nuestro secreto, un secreto padres-hijas —dijo Carolina y golpeó las palmas a la altura del pecho.

El entusiasmo que demostraban les pareció más aterrador que la verdad que decían contar sus hijas. Ellas, en cambio, pensaron que era un error haber hablado.

—Hagamos como si nada, ¿quieren? —propuso Octavia—. ¿Puedo tomar helado viendo televisión en tu pieza, mamá?

¡Claro que no!, pensó Verónica, pero le sonó extraño negarle helado a una hija que aseguraba no ser suya. Y ese pensamiento la llevó a otros, como ¿qué es la autoridad y a quién se aplica?, ¿vale para alguien que, pese a no tener un lazo consanguíneo, desea ser comandado?, porque Octavia, después de todo, estaba pidiendo permiso. De pronto, Verónica vio a su hija sonreír condescendentemente, como si entendiera que esa mamá, que quizás no era su mamá, no podía prohibirle nada.

Mientras sus hijas fueron por los helados, Verónica miró hacia la pieza de juguetes.

—¿Piensas lo mismo que yo? —le preguntó a su marido que se había vuelto a sentar en la mesa y tenía la mirada perdida, pero que pensaba lo mismo que ella: todos esos libros, muñecas, peluches

de diferentes portes, autitos de colores, celulares de verdad y de mentira, tabletas, lápices de colores y otra cantidad de cachivaches, eran regalos que habían comprado siguiendo un encargo preciso, nunca por iniciativa propia, siempre detrás de los deseos de sus hijas.

—¿Qué ha sido todo esto? —preguntó Reinaldo, pensando en esas levantadas a media noche cuando a alguna le dolía la cabeza o en las idas al dentista y al médico general, los cientos de cumpleaños celebrados con un montón de niñitas corriendo por la casa y desordenándolo todo; Rey León o caballo Spirit, siempre siguiendo sus instrucciones. Quizás esa era la forma que habían escogido para ser padres.

La idea de ser padres sin hijos los hizo temblar.

—¿Y si realmente somos adoptados? —preguntó Reinaldo.

—¡Es absurdo! —contestó Verónica.

—Una locura, tenemos las fotos de sus nacimientos. ¡Son nuestras hijas de aquí a China!

—Por supuesto, si yo las tuve, Reinaldo —respondió Verónica.

Y sintieron el impulso de correr a buscar los álbumes para hojearlos, pero se detuvieron.

—Los perdimos, ¿te acuerdas? Solo nos quedaba un respaldo en el computador que hackearon los chinos de la empresa de diseños y construcción de puertos.

—¿Ni una foto en ninguna parte? —preguntó Verónica.

—¡Nada!, pero están los recuerdos, nadie nos va a robar nuestra memoria —y Reinaldo recordó el día en que nació Octavia—. ¿Te acuerdas, Verónica? Cuando nació Octavia esa mañana soleada de día martes.

—No, Reinaldo, era de noche y estaba lloviendo.

—Te estás confundiendo con el nacimiento de Carolina, ella nació en la tarde y estaba nublado, pero después se despejó. Me acuerdo como si hubiera sido ayer, porque creí que era signo de algo.

—No, Reinaldo, Octavia pasó frío y se resfrió cuando fuimos al mall a comprar su cuna. No paraba de llover. ¡Lo pasamos tan mal esos primeros meses! Recuerdo cuando la trajimos a casa y pensé que por qué no me dejaban en el hospital, que qué haríamos con nuestra niñita enferma. Y te saltaste una luz roja y un policía motorizado nos salió persiguiendo y sacamos a la guagua por la ventana para mostrarle lo mal que estaba y él la tomó. Tan buen padre, pensé, porque él, como nosotros, también había ido al mall a comprar una cuna ese día, tenía un hijo que había nacido el mismo día que Octavia. ¿Te acuerdas?

—Había sol, Verónica, y no la sacaste por la ventana, abriste la puerta y te bajaste.

—Y dale con el sol, ¡hasta cuándo!

—Nació llena de pelos, qué linda era Octavia...

—Ay, contigo no se puede ni recordar, la de los pelos era Carolina.

—Pero si nació sin pelo, ¡claro que recuerdo!

—Soy su mamá, ¿crees que estoy inventando?

Iban subiendo la voz.

—No estoy diciendo que inventes, solo que se te olvidan detalles.

—Puedes alegar lo que quieras, Reinaldo, conozco las historias como la palma de mi mano, ¡son mis hijas!, y he estado a su lado cada día: llego temprano de la oficina para ver si han comido, si han prendido la estufa, si necesitan algo. Me hago el tiempo para «lo importante» —exclamó como alegato.

«Lo importante», en ese momento figuraba con los pies arriba de la cama, tomando el tercer o cuarto helado y riéndose de los monos de la televisión. Verónica y Reinaldo pensaron que eso buscaban sus hijas, que se gritaran y pelearan mientras ellas sacaban helado y chocolates del refrigerador, y después de ver tele prenderían el computador y jugarían por horas mientras ellos seguirían gritándose y, más tarde, cansados de odiarse, cuando propusieran una pausa se les acercarían para conseguir otras cosas, como permiso para salir a jugar a la calle o no ir a la casa de los abuelos el domingo porque, quizás, ahora que lo pensaban, esos abuelos que se sienten sus abuelos no eran sus verdaderos abuelos. ¿Serían ellos hijos de sus padres? ¿Y si nadie era hijo de nadie? La idea los hizo vacilar. Si sus hijas

no eran sus hijas y ellos no eran hijos de sus padres, ¿qué sentido tenía todo?

Se echaron a reír.

—¡Es un chiste! —dijo Verónica y Reinaldo le tomó las manos para besárselas, un gesto amoroso cargado de duda, no como antes, pensó. ¿Pero antes cuándo? ¿Cuando no existía la duda?, ¿cuando eran jóvenes?, ¿cuando estuvieron de novios? ¿Cuándo?

Se asomaron a «su» pieza, donde las niñas veían televisión desparramadas en «su» cama.

De más está decir que esa noche no durmieron. Repasaron una y otra vez su vida juntos. En algún momento, Reinaldo dijo:

—Tú eres tú, Vero, eso es seguro —y rieron por lo ridículo que sonaba.

Verónica creyó recordar cuando eran novios y se amaban con locura y se decían cosas por el estilo, y le tomó las manos en un gesto algo ceremonial, como si hicieran realidad una mentira gracias a sus palabras.

—Somos lo que somos —dijo Verónica.

De pronto la pieza comenzó a llenarse de luz.

Cerraron los ojos para dormir, aunque fuera unas horas, pero escucharon las voces de sus hijas.

—Se están riendo de nosotros —dijo Reinaldo.

—¡Shhht!, no digas nada, escucha —las niñas hablaban en susurros y, en una maniobra que los sorprendió, saltaron de la cama y pegaron sus oídos al muro.

Sin necesidad de discutirlo decidieron espiarlas. Harían turnos, siempre atentos, en guardia. No volverían a ser «ese» tipo de papás cuyas hijas los sorprenden con una noticia de ese calibre. Serían «otros» y rieron a mandíbula batiente porque su decisión los llenó de una energía que no habían sentido antes.